El valor de lo simbólico en un nuevo clima de época

Carlos Lagorio *

* Licenciado en Sociología (UBA). Magíster en Ciencias Sociales y Políticas (Flacso). Docente e investigador. Autor de *Cultura sin sujeto. El dominio de la imagen en la posmodernidad*, y de publicaciones sobre estudios culturales y nuevas tecnologías. Asesor de la Directora General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires.

Reconozco a mi interlocutor. El timbre de su voz me genera confianza. Se establece la comunicación. El oído pacta. Dialogar es la base de la interacción presencial (cara a cara)... y de la mediática (telefónica). Irrumpen los medios audiovisuales: cine, TV,... y las computadoras. Hasta la década del 70 cada una de las tecnologías evoluciona por separado. En el mundo de los adultos, el modelo paternalista de la información estaba garantizado.

"Antaño la modernidad estaba poseída, con júbilo o con alarma, por las imágenes de la maquinaria; ahora la posmodernidad era presa de una maquinaria de las imágenes" (Anderson, 2000).

Los procesos de comunicación se multiplican, la producción cultural se diversifica, y en este nuevo clima de época millones de niños y jóvenes acceden cada día a las nuevas tecnologías. La TV es monológica pero Internet, no. En el marco de la videocultura, los jóvenes *surfean* entre las coordenadas relacionadas con los contextos de emisión y recepción. El oído se ciñe a la música; la vista construye un diálogo en MSN; de las ventanas

Los criterios que la Modernidad establecía para la ciencia están siendo rebasados. En la posmodernidad, se vuelve necesario generar otros parámetros que permitan la emergencia de las múltiples identidades y voces que fueron silenciadas.

cuelgan imágenes. El texto se acopla a la imagen, nace el hipertexto. La conciencia tranquila de un ámbito de la información limitada estalla. El mundo de los adultos ya no es el mismo. La educación no es antivisual, pero le exigió al oído develar demasiados misterios.

Sin ladrillos a la vista, la vertiginosa circulación de los productos inmateriales impulsa el crecimiento de las industrias culturales. La velocidad y el almacenaje de la memoria del mundo digital nos sorprende. Las nuevas tecnologías, que en la Modernidad evolucionaron separadamente, se concentran en una sola máquina. La *web* es el único dato cierto del derrame cultural del capitalismo global. En otros ámbitos, la pobreza y la injusticia se perpetúan. Adolescentes chinos trabajan en las líneas de montaje de las fábricas. Niños latinoamericanos, en las cosechas de algodón y fruta fina. En pugna con la legislación de contados gobiernos que intentan difundir la cultura de sus comunidades, los capitales concentrados, que se benefician con políticas neoliberales, invierten en carteles y multimedia.

La cultura de la imagen ¿puede explicar un discurso, o es enemiga de la abstracción?, ¿cuál es el lugar de la formación de las imágenes mentales en el campo del conocimiento? Los adultos, nostálgicos del dominio de la industria cultural gráfica, versus los jóvenes videoformados. No hubo garantías de una sociedad transparente durante el período de larga duración de la Modernidad (desde La Gran Enciclopedia iluminista a la británica, los criterios fueron etnocéntricos y deterministas). Tampoco en la sociedad de la información

generalizada hay transparencia, (en el 2006 la enciclopedia Wikipedia hizo circular datos erróneos sobre La Noche de los Lápices).* No hubo penas sobre hechos tan graves como inculpar a las víctimas y, por ende, defender a sus victimarios.

Si la visión termina siendo un obstáculo a la apertura del lenguaje de la temporalidad porque implica una mirada sincrónica que reproduce una totalidad instantánea, ¿cuál de los sentidos nos resulta confiable? La incesante creación de sitios, *blogs*, y *fotologs*, nos remite a mostrar, más que a demostrar; a lo virtual, más que a lo real; a la fragmentación, más que a la totalización. La información satura los canales y los recorridos nos devuelven a la búsqueda de los indicios. Pero, ¿se puede negar el desplazamiento que se produjo en el campo del conocimiento en un mundo habitado por los medios de comunicación?

¿Información o conocimiento? En la Modernidad la autoridad de los métodos científicos garantizaba el conocimiento. Las teorías de autor fueron monumentos a la racionalidad y a la promesa de felicidad del hombre. La posmodernidad cede la entrada a otras voces, a nuevas narrativas. Historias que pueden ser leídas como estructuras simbólicas, como metáforas que nos devuelven a la cultura de la literatura. La creciente textualización de los objetos de estudio permite el resurgimiento del mito, el comentario, y la opinión. "El oído es la base del fenómeno hermenéutico" (Gadamer, 1995). El oído demanda una respuesta para el interlocutor que investiga, para el científico, pero también para el sujeto que aprende. "Leer en voz alta a los alumnos" dice Tonucci. La imagen visionada, como herramienta dominante en la búsqueda de la significación es problemática, el lenguaje está entrelazado con múltiples percepciones.

En la educación, la interacción entre las modalidades discursivas de la simultaneidad (soportes electrónicos) y las modalidades discursivas lineales (escritura), es parte del desafío a aprehender. Por medio del chateo, los jóvenes escriben como hablan. La imagen que capta la foto es el sujeto. Fotografías digitales de jóvenes hacia jóvenes. La materia es la piel, el *piercing*, los tatuajes. El espacio, el ciber, los juegos electrónicos, los grafitis. Instaurar un nuevo diálogo implica compartir claves simbólicas. ¿Es posible? Para alguien socializado en la cultura de la palabra resulta complejo comprender el lenguaje de los jóvenes. Es recomendable leer en voz alta a los alumnos.

* La operación conocida como la Noche de los Lápices se desarrolló en la madrugada del 16 de septiembre 1976, durante la dictadura militar, y fue llevada a cabo por fuerzas represivas del Batallón 601 del Servicio de Inteligencia del ejército y de la policía de la provincia de Buenos Aires dirigida por el General Ramón Camps. Implicó el secuestro de estudiantes secundarios de la ciudad de La Plata (provincia de Buenos Aires) con militancia en el campo social y que reclamaban el otorgamiento del boleto estudiantil para un acceso más económico al transporte público. Hoy casi todos ellos continúan desaparecidos. La reafirmación de los derechos de los estudiantes en este día fue instituida por la Comisión Provincial por la Memoria e incorporada al Calendario Escolar de la Dirección General de Cultura y Educación [N. de C.].

También, organizar otras actividades que construyan un puente entre las culturas juveniles y la escuela. "Las redes de las tecnologías digitales se han convertido en la materia prima básica de la industria del conocimiento" (Castells, 2000). El trabajo escolar apela a los sentidos y a una diversidad de lenguajes y situaciones.

Las revoluciones simbólicas y el papel de las vanguardias

El dominio de las tecnologías de la información y la comunicación y las funciones específicas que cumplen en la sociedad contribuyen a modelar normas, formas de vida y presupuestos ideológicos. Por ello, el enriquecimiento de la expresión simbólica, presente en el mundo contemporáneo, se debe también a la reproducción de los productos culturales que las nuevas tecnologías ponen en circulación. La multiplicidad de sentidos y las problemáticas acerca de la identidad plantean la importancia de lo simbólico y su puesta en valor en las diferentes dimensiones del sujeto. De ello se infiere la importancia del capital simbólico y también las luchas por su apropiación. La dominación, incluso cuando se basa en la fuerza más cruda, la de las armas o el dinero, tiene siempre una dimensión simbólica, y los actos de sumisión, de obediencia, son actos de conocimiento y reconocimiento que, como tales, recurren a estructuras cognitivas susceptibles de ser aplicadas a todas las cosas del mundo y, en particular, a las estructuras sociales (Bourdieu, 1999).

En la Modernidad la autoridad de los métodos científicos garantizaba el conocimiento. Las teorías de autor fueron monumentos a la racionalidad.

En la historia hubo revoluciones que transformaron las bases materiales de una sociedad. Por otro lado, hubo *revoluciones simbólicas* que influyeron en el cambio de mentalidades y la proyección de nuevas visiones del mundo. A principios de 1937, el gobierno de la República española le encargó a Pablo Picasso un mural para el pabellón de la Exposición Internacional de París. El artista comenzó a diseñar unos grabados con la técnica de la historieta que tituló *Sueño y mentira de Franco,* donde el dictador fue escarnecido y caricaturizado. La realización del gran mural seguía pendiente cuando el 26 de abril se produjo el bombardeo de Guernica. A partir de un hecho histórico, Picasso se abocó a trabajar decenas de bocetos que culminaron en la obra. En la actualidad, apreciar la disemina-

ción de significados y las relaciones con otros campos del conocimiento es posible por la intervención de un público que accede a la obra por diferentes medios (museos, libros o sitios virtuales).

La innovación permanente como desafío al futuro fue un patrón del ser moderno y de las vanguardias. Durante la Modernidad el rechazo hacia toda producción anterior fue claramente expuesta en las obras elaboradas durante los 100 años de modernismo en el arte, que abarcaron aproximadamente la última mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Esa producción innovadora y transgresora que llevaron a cabo las vanguardias artísticas durante 100 años, contrasta con una producción posmoderna que se basa en la retrospectiva de estilos y el reciclaje cultural. "El artista no es un heredero ni un imitador, sino quien declara con violencia el presente del arte" (Badiou, 2005). El carácter sectario y de confrontación que primó en el arte vanguardista se corresponde también con las vanguardias políticas. Hubo en las vanguardias una agresividad, un elemento provocador, y finalmente una afición por la intervención pública.

El peso específico del conocimiento

La imprenta permitió la reproducción técnica de la escritura y fue central para el desarrollo de la información y la educación. Sin embargo, durante cinco siglos la circulación de la información y el conocimiento estuvo ceñida a un solo soporte material: el papel.

Carlos Marx describió al mundo como un vasto almacén de mercancías. Se refería, obviamente, al capitalismo de mediados del siglo XIX que se basó en la manufactura de bienes materiales. A partir de la irrupción masiva de la radio, el cine y la televisión, los productos culturales fueron la base de nuevas industrias. En la actualidad, con el peso de una almohada de plumas se pueden almacenar los textos y las imágenes de una biblioteca que pesa toneladas de papel. Ello no implica desconocer la vitalidad de las ferias del libro y el crecimiento de las publicaciones en el ámbito mundial. Resulta engorroso leer una novela completa en la pantalla y, más aún, aprender matemática por televisión. Pese al hiperdesarrollo de los procesos de comunicación, la complementariedad con el texto impreso es incontrastable. Pero el elogio lineal del maquinismo no es nuevo. Se habla de la oficina sin papeles, algunos vaticinan una escuela sin libros.

En la posmodernidad, el proceso de estetización (Lagorio, 1998) se relaciona con el ejercicio de la libertad y la imaginación, en permanente tensión con el dominio de la *mercantilización* que impone la tecnología y los medios de comunicación. Ocurre que la mercantilización como elemento central del campo económico determina exclusión en la apropiación de los productos culturales. Criterios relativistas en lo cultural y lo político señalan un camino en los derechos de los ciudadanos que se amplían a los consumos culturales. En la actualidad, se admiten como *objetos necesarios* a la vida en sociedad no solo a los que hacen a la supervivencia de las personas, sino también a un número cada vez más importante de productos provenientes de las industrias culturales.

Cuando se menciona la globalización no todos sus efectos de concentración han resultado uniformes. El resurgimiento de acciones basadas en lo local y lo comunitario refleja una

temporalidad de formas simbólicas y procesos sociales que no tienen una lógica causal centrada. Se toma nota de espacios de resistencia e integración que impiden la validación de concepciones deterministas y totalizadoras en las visiones del mundo. La producción cultural, la metaforicidad, que promueve la imaginación de los sectores populares, son aportes dignos de tener en cuenta por las políticas sociales y educativas.

El devenir científico. Entre la racionalidad y la utopía

Una nueva dimensión, la de producción y circulación de formas simbólicas, es útil para graficar las transformaciones culturales y tecnológicas. Si bien el ejemplo de una obra de arte sea el más conveniente para ilustrar la capacidad de producir valor simbólico y otorgar múltiples significados, las transformaciones adquieren sentido también con los adelantos científicos.

Con el advenimiento de la Modernidad, el hombre observa el movimiento de la naturaleza y toma conciencia de su propia necesidad, la de pensarse él mismo en movimiento. La revolución astronómica que produjeron Copérnico y Galileo y su continuidad en el desarrollo del pensamiento moderno tuvo el encono de la Iglesia y de los profesores aristotélicos que eran mayoría. Sin embargo, el lenguaje no perceptible de las matemáticas, la física, la química y la astronomía se desarrollaron en forma creciente. La superioridad observada en el desarrollo que se percibía en las ciencias exactas y naturales provocó la admiración de los filósofos que elaboraron teorías en torno de la realidad social. Thomas Hobbes pretendió construir una ciencia política comparable a las leyes que regían la geometría.

El éxito de las teorías científicas condujo a otros investigadores como el marqués De Laplace a considerar que el universo era completamente determinista. A partir de sus indagaciones pensó que se podía predecir todo lo que ocurría en el universo y, por ende, todo lo que concernía al comportamiento humano. Estas teorías que se elaboraron desde el paradigma de las ciencias físicas tiñeron el universo de los filósofos que consideraron la importancia de crear leyes científicas, basándose en el supuesto de que los métodos newtonianos podían aplicarse a las ciencias humanas.

Aunque opuesta a la razón, la visión de la utopía estuvo asociada con las vanguardias y forma parte de los valores del ser moderno. Entendida como una visión global de vida social, radicalmente diferente a la existente, la utopía remite a una esencia política que alentó teorías y proyectos revolucionarios. La presencia de la utopía en las dimensiones de la política, la ciencia y el arte está indisolublemente atada a las revoluciones y a los cambios de época que experimentó el ser humano. Como paradoja, los científicos de las ciencias básicas fueron seducidos por la utopía, así como los humanistas por criterios unicistas y racionales.

En los inicios de la Modernidad la visión utópica fue la de un mundo ideal, que erradique el mal y los vicios en algunas ocasiones generados por una organización errada de lo colectivo y permita la conversión a una vida simple y austera. Esa visión anida en un pionero, Tomás Moro, que invoca a la agricultura como el lugar de la producción al que los utopianos tanto campesinos como ciudadanos deben ser convocados. En la misma línea que Moro, un siglo después, en 1603, Tommaso

Campanella escribió *La ciudad del sol*. En esa obra describe una estructura simbólica de la ciudad que alude al sistema solar según la teoría copernicana, con el sol en el centro y los planetas describiendo órbitas circulares (Comparato, 2006). Es interesante cómo el teólogo Campanella, que fue muy leído por los anarquistas, escribe en la misma época que el astrónomo Johnas Kepler. El científico, que perfeccionó el modelo de Copérnico, utilizó como argumento un viaje utópico para hablar de la astronomía lunar. La búsqueda de nuevos parámetros cognoscitivos como la utopía para establecer la verosimilitud del modelo habla de una conjunción entre la ficción y el tratamiento científico.

Con esa tendencia, físicos, astrónomos y filósofos como Francis Bacon, que publicó *La nueva Atlántida* en 1627, emplean simultáneamente instrumentos de la utopía política también para fundamentar un ideal de carácter científico. Bacon recrea un relato utópico a modo de propuesta de un sistema de leyes para construir mejor el Estado. El término utopía es citado en forma negativa en La Gran Enciclopedia de los iluministas quizá por su polaridad con el concepto de razón. La ciencia moderna, a partir del siglo XVII, hizo de la razón un templo.

"La razón rara vez es razonable" (Feyerabend, 1987).

La superación de los paradigmas científicos basados en lo racional y lo etnocéntrico es un hecho reciente. Un nuevo e inexplorado espacio demanda mayores cuotas de interpretación donde la *hermenéutica* se convierte en una herramienta privilegiada de acceso al conocimiento. Si bien los objetos de estudio son diferentes, un nuevo contexto coloca a las ciencias duras y a las sociales en un plano de equidad ante la comunidad científica. Por otra parte, en el campo de las ciencias sociales se presenta un paradigma basado en la valoración de fuentes de carácter literario, que prefigura un ámbito novedoso y de mayor complejidad: el de las nuevas narrativas. Algunos autores afirman que la posmodernidad es algo más que un clima de época, es también una condición sociocultural de la época que vivimos.

Tanto en las ciencias sociales como en las básicas, la comprensión y la aplicación de una teoría de autor, valorada por su rigor académico, resulta hoy insuficiente para abordar un objeto de estudio. Esta situación se acentúa más en las ciencias sociales, por cuanto pertenecen a órdenes creados y modificados permanentemente por nuestra participación en ellos. Llama la atención que en ámbitos tan diferentes como son las ciencias físicas y las sociales existan compatibilidades entre las visiones del mundo que influyen en la producción teórica. El *principio de incertidumbre* que formuló Werner Heisenberg, en la primera mitad del siglo XX, permitió indagar aquellas zonas que la física newtoniana no podía explicar. El principio de incertidumbre no solo cuestiona a un modelo del universo completamente determinista, interpela la unificación de la física por medio de una teoría y pone sobre el tapete a las teorías de autor que signaron durante siglos a las ciencias. Las investigaciones y los logros obtenidos en otras áreas, como la física, la biogenética y la medicina nos sitúan en un mundo donde los parámetros científicos de la Modernidad fueron rebasados y están sometidos a una revisión que aún no ha concluido.

No existen certezas ni garantías teóricas o científicas, y siempre resulta necesario ponerse en el lugar del otro. En nuestro mundo plural, el otro puede pertenecer a culturas diferentes. Se abre un horizonte distinto, pleno de incertidumbre, pero prolífico en recorridos metodológicos y teóricos y en convergencias entre las disciplinas que en las ciencias sociales asumen la complejidad del análisis de nuevos objetos de estudio que nos interpelan de manera incesante.

En el paradigma actual de las ciencias sociales hay un rechazo a los discursos totalizadores que prescriben un destino determinado para la condición humana. En ese marco, los teóricos de las ciencias sociales piensan que las propuestas teóricas que históricamente se elaboraron durante la Modernidad pueden conducir al totalitarismo. Por eso prefieren considerar como hechos del pasado a las utopías que sirvieron de fundamento a las revoluciones sociales. Los conceptos que en la política se debaten y profundizan en esta nueva época son los que pertenecen a la categoría de la *micropolítica*, esbozada por Foucault para subrayar la importancia de las luchas en un nivel local. Este concepto junto con el de *heterotopía*, pensado por Vattimo como la utopía posible, que realiza cada comunidad, forman parte de algunas de las categorías que se incorporan en el debate de las teorías de la posmodernidad.

El resurgimiento de acciones basadas en lo local reflejan una temporalidad de formas simbólicas que no tienen una lógica causal centrada.

Los estudios culturales y la identidad política

Un nuevo debate, inscripto en la esfera de la cultura, evidencia aspectos que se han potenciado en la actualidad. El *multiculturalismo*, como expresión de diferentes visiones de la realidad materializada en las especificidades de las diferentes subculturas, gana terreno como foco de atención de los *cultural studies*. En las universidades y las fundaciones crece un espacio para las investigaciones que tienen como protagonistas a grupos que quieren fortalecer su identidad y transmitirla a los demás. De esa manera convergen en el multiculturalismo grupos étnicos, de género, o comunitarios con problemáticas específicas.

El rechazo a una concepción de integración bajo el signo de una cultura global promueve *problemáticas multiculturales*. Sin embargo, algunos signos de multiculturalismo son susceptibles de recorrer el camino de las modas. Las teorías multicul-

turalistas, basadas en la no discriminación, pueden abarcar espacios que van desde la *tolerancia minimalista* difundida por los medios, hasta la afirmación de derechos a partir de políticas culturales activas. En ese campo de relaciones de fuerza, las múltiples iniciativas pueden obedecer a una diversidad manipulada, basada en las demandas circulares del mercado o, en cambio, representar las expresiones particulares de grupos o sociedades hostigadas por una historia de avasallamiento cultural, pobreza y autoritarismo.

Cuando se habla de identidad, generalmente se la identifica con el concepto de *identidad cultural*. Sin embargo, no debe confundirse la noción de cultura con la de identidad. La cultura forma parte de la producción humana en la sociedad, concerniente en su mayor parte a mitos, religiones, saberes y al ámbito del arte como el núcleo más prolífico en significados, en una dimensión que se vincula en forma directa con la expresión simbólica. En cambio, la identidad nos remite a normas de pertenencia e interacción social que se presentan mediante pares de oposición simbólicos que, a su vez, se derivan de situaciones de poder. La combinación de identidad y cultura en el campo de las ciencias sociales y concretamente de los estudios culturales reflejan la aplicación de criterios científicos a realidades que no eran tomadas en cuenta durante la Modernidad y que adquirieron legitimidad para su análisis.

La identidad es un proceso continuo, una construcción social que se elabora en función de las relaciones entre personas y grupos sociales. En ese proceso intervienen sus rasgos distintivos que no son determinantes, ya que la dinámica cultural modifica normas y códigos. Los estudios culturales son un aporte valioso en el discurso y la práctica de la pedagogía crítica. "Ofrece la base para crear nuevas formas de conocimiento al convertir el lenguaje en constitutivo de las condiciones de producir significado en el marco de la relación entre conocimiento y poder" (Giroux, 1996).

La historia de las luchas sociales fueron y son también las luchas de los grupos por su poder de *identificación* en un sistema de relaciones de fuerza que forma parte de la dinámica grupal de una sociedad y de sociedades distintas entre sí. La identificación puede ser entendida como *afirmación de la identidad* o como *asignación de una identidad*. La cultura dominante suele asignar a los extranjeros inmigrantes o refugiados un aspecto peyorativo de la identidad. Es el caso de los apelativos que se les da en la Argentina a los inmigrantes de países limítrofes.

A partir de comprender este concepto de identidad que enlaza lo psicológico, lo social y lo político podemos clasificar tres formas de abordar la diferencia. La primera de ellas está vinculada con la sociedad de consumo y se manifiesta en la diferenciación "*light*" que impone el mercado mediante la publicidad y las marcas internacionales. De esa manera, determinada persona o grupo social al que pertenece se identificará más con aquellos que compran o usan los objetos que están de moda. Esa forma de abordaje de la diferencia, basada en hábitos o consumos que están más *de onda* que otros, la llamamos *diversidad*. La segunda forma de diferenciación es: la *problematización de la diferencia* y surge al comprender los rasgos distintivos del Otro para conocernos mejor nosotros mismos. La problematización de la diferencia nos impulsa al diálogo y a la tolerancia, pero también

al conocimiento de otras culturas, de otras civilizaciones. Finalmente la tercera opción es: la *alteridad radical* que se evidencia en el enfrentamiento de culturas. Esa actitud surge de hábitos, religiones y principios civilizatorios diferentes y se convierte en oposición irreconciliable y muchas veces cruenta. El Otro no sería mi diferente sino mi contrario, aquel que con sus gestos y ritos constituye un escollo a mi desarrollo como persona y como grupo social.

En el contexto de las luchas por la identidad, las ciencias sociales pueden contribuir a aportar teorías y esclarecer conceptos, pero teniendo en cuenta que la identidad cultural no se resuelve sino a partir de la premisa de una acción política (Gilroy, 1998). Es decir, una política cultural debe actuar en el mismo terreno donde las diferencias culturales en la Modernidad fueron pensadas desde un plano universal surcado de jerarquías y hegemonías, el del poder político.

En el marco de esta apertura, los investigadores anglosajones nucleados en la Universidad de Birmingham dieron origen a una corriente de las teorías sociales llamada *cultural studies,* que niega el determinismo evolucionista que impregnaba a las teorías sociales de la Modernidad, y en cambio recorre un proceso de identidad que se erige entre mecanismos de dominación y de resistencia cultural. Esta búsqueda está atenta a las problemáticas que viven los sujetos en la cultura de masas y tiene por objetivo que estos no se reduzcan a un engranaje pasivo inmerso en las estructuras sociales.

La crisis de las ciencias sociales se agudiza en el último cuarto del siglo xx. Esta crisis sobreviene fundamentalmente por las características que las ciencias sociales habían asumido hasta entonces, ya que no podían dar respuesta a complejos objetos de estudio, a problemáticas cada vez más específicas y situadas en diferentes contextos. Por eso la creencia sumamente extendida durante la Modernidad en la infalibilidad de las grandes teorías fue criticada desde entonces. A fines de la década del 50, el pensador inglés Richard Hoggart había planteado la necesidad de zanjar la brecha que históricamente existía entre el universo de las culturas y las prácticas populares en oposición a las culturas doctas, al analizar los modos de vida y prácticas culturales de la clase obrera en un tiempo y espacio determinado. En la misma época, el antropólogo francés Levi Strauss escribió sobre la necesidad de retomar aspectos del conocimiento tales como los mitos y la magia (que habían sido formas de pensamiento en las sociedades primitivas), y a otras fuentes que hasta entonces la investigación científica había negado.

Las contribuciones teóricas al campo de las transformaciones culturales y sociales tienen que ver también con el desarrollo de nuevos estilos de vida y con las nuevas tecnologías y la extensión de su uso por parte de las clases obreras europeas. La histórica polarización entre la cultura proletaria versus la cultura burguesa no va a ser la única óptica de estudio en las clases sociales. La apertura a diversas subculturas, producto de cortes transversales que en la sociedad se relacionan con la capacidad de *expresión simbólica* de las masas, es una realidad en las investigaciones actuales. El amplio espectro de las subculturas va a integrar a la de los jóvenes y, a su vez, a grupos como los *hippies*, los *punks*, los *stones* y otros. A este planteo de la importancia generacional se va a agregar la cuestión étnica y de género. El

terreno de la etnografía, que describe modos de actuar y de otros universos de significación diferentes a los de la sociología y la antropología tradicional, vale como un aporte valioso para este campo de las ciencias sociales. La rehabilitación del sujeto histórico subalternizado (el *lumpen étnico, etario o sexual*) irrumpe con nuevas problemáticas.

Otro aspecto que toman en cuenta los estudios culturales tiene que ver con una reformulación del sujeto y de un nuevo tipo de individualidad. Según Stuart May, uno de los pensadores más actualizados de la escuela de Birmingham, no es posible hoy concebir al individuo como un sujeto monolítico y autónomo como se lo pensó en la Modernidad. Las marcas de la historia nos presentan en la actualidad un sujeto que está más fragmentado, porque no puede concebirse sino es en relación con los otros. En ese sentido, esta fragmentación da paso a otras experiencias del Yo, y a nuevos tipos de solidaridad. Esta concepción, que se abre a otras dimensiones subjetivas de la identidad política, ofrece un panorama que gravita en la revisión de los conceptos tradicionales. El *viraje etnográfico* que recorren autores de diferentes concepciones, como Hall, Bourdieu y Vattimo, nos habla de la importancia que el ámbito de la cultura ha adquirido en las políticas sociales y, por ende, en las formas de comprender la acción cultural y política.

Durante la Modernidad, la enunciación de criterios de verdad estaba circunscripta al de la búsqueda de la verdad absoluta. Esa concepción estuvo fuertemente caracterizada por la supremacía que tenían las ciencias naturales sobre las sociales. Hoy, los estudios de carácter lingüístico y filosófico han dado cuenta de *una pluralidad de verdades* que surge de una nueva relación entre la razón científica y el *logos* poético (Scavino, 1999).

En este planteo la verdad no puede reclamar validez universal para eludir a su aislamiento; la verdad más bien es una búsqueda colectiva, cultural, que debe respetar otras verdades. En este sentido, los estudios culturales nos proporcionan fundamentos para deconstruir las narrativas maestras de la Modernidad basadas en concepciones totalizadoras de certidumbre y verdades absolutas.

A la pregunta ¿cuál es el marco teórico?, repreguntemos ¿cuáles son las teorías que demanda un nuevo sujeto histórico? Concientes de la ausencia de teorías unificadoras, el problema de la criticidad del pensamiento requiere el reconocimiento y la participación del universo de la comunicación. Las posibilidades que brinda, por ejemplo la red digital para la difusión y la resonancia de los textos, muestra nuevas formas de confrontar saberes y autores con lecturas que ofrecen diversas interpretaciones. "La posible verdad del mundo de la comunicación mediatizada, es una lógica hermenéutica que busca la verdad como continuidad, como correspondencia y diálogo entre los textos, y no como conformidad del enunciado en un mítico estado de las cosas" (Vattimo, 1990).

Bibliografía*

Anderson, Perry, *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona, Anagrama, 2000.

Badiou, Alan, *El siglo*. Buenos Aires, Manantial, 2005.

Bourdieu, Pierre, *Meditaciones pascalianas*. Barcelona, Anagrama, 1999.

Castells, Manuel, *La era de la información, economía, sociedad y cultura*. Madrid, Alianza, 2000.

Comparato, V., *Utopía*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.

Feyerabend, Paul, *Adiós a la razón*. Madrid, Tecnos, 1987.

Gadamer, Hans Georg, *El giro hermenéutico*. Madrid, Cátedra, 1995.

Gilroy, Paul, "Los estudios culturales británicos y las trampas de la identidad", en AA.VV., *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona, Paidós, 1998.

Giroux, Henry, *Placeres inquietantes*. Barcelona, Paidós, 1996.

Lagorio, Carlos, *Cultura sin sujeto. El dominio de la imagen en la posmodernidad*. Buenos Aires, Biblos, 1998.

Scavino, Dardo, *La filosofía actual, pensar sin certezas*. Buenos Aires, Paidós, 1999.

Vattimo, Gianni, *La sociedad transparente*. Barcelona, Paidós, 1990.

* Por razones de edición solo se consignan en esta versión impresa las obras de los autores mencionados en el texto. La bibliografía completa se encuentra disponible en la versión digital de esta revista, en www.abc.gov.ar